

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 3 DE SEPTIEMBRE DE 1922

NÚM. 19.840

EL RESCATE

NOVELA CORTA, ORIGINAL DE CRISTÓBAL DE CASTRO

CAPÍTULO I.—EL OGRO

En la frescura del portal, por la siesta, Antoñica picaba tomates. Tenía la cazuela en las rodillas y, con su navaja cachicuerna, iba desmenuzándolos, desmenuzándolos.

De vez en vez, con los brazos arremangados, se oxeaba las moscas. Luego, clamaba entre suspiros:

—¡Madre mía de la Piedad!

El gato, sorprendido, la miraba en un relumbrar de ojos, fosfóricos a la penumbra. Movía la cabeza. Alargaba una pata, hurgándole en el delantal.

Entonces, Antoñica, interrumpiendo su faena, la navaja en una mano y el tomate en la otra, inclinábase hacia el animal como hacia un niño que jugase.

—¿Qué, ¿qué suspiro? Pos milagrito que no lloro. ¿Te paese? Allegar la feria y estar mi niño ande está. ¡Sentrañas! ¡Sin comer, sin dormir, sin esnuarse, sin lavase! ¡Maldestia guerra!...

Accionaba, en briosos manoteos, mientras el gato abría y cerraba los ojos.

—¡Je! ¡Qué feria mus se presenta! Toi-ticos los años esta casa ha sido un festín. Y ogaño... ¿Qué te paese si jisiéramos una cosa? Serrar la casa. Irnos a pasar la feria al molino. ¿Te paese u no te paese?...

El gato, adivinando por las ternuras de la voz, que le pedían afecto, alargó y retiró la pata varias veces, como jugando.

Ella, entre conmovida y risueña, le amenazaba.

—¡Estati quieto, estati quieto! Que vas a erramar la casuela...

El portal era largo, estrecho, con sillares de enea, empedrado en chinillas del río. Tenía a sus extremos dos puertas con cortinas: una al patio, y otra a la calle. En las paredes, encajadas, entre portarretratos de paja, había algunos cuadros antiguos, renegridos, chupados, con borrosas figuras bíblicas. Un Bautista, medio desnudo, por entre cuyas piernas vigorosas corría el Jordán. Varios doctores de la Ley, con mitras bicorne, disputando con un Niño Dios, subido en la tribuna, como en unas andas. Un Expolio, imitando al Greco, con un Jesús escuálido, entre sayones larguiruchos...

Un vienteccillo de tormenta henchía el cortinón de la calle. Las ventanas de arriba cerráronse violentamente de un portazo. Por los arriates del patio pasaron remolinos de hojas.

—¡Ajolay, Dios!—dijo Antoñica, respondiendo a sus pensamientos de que el temporal aguase la feria.

Pero pensó en los pobres feriantes, en las gitanas, en los titiriteros. ¡Qué iba a ser de ellos si llovía! Arrepentida, santiguóse.

—La Virgen santísima me perdone el mal pensamiento. Y me traiga a mi niño, sano y salvo, de la guerra.

A esta idea, no pudo más. Dejando la cazuela sobre una silla, penetró en la salita baja. Sobre el sofá, cubriendo parte del testero, había una ampliación fotográfica. Era un soldado, casi un niño, ufano en su uniforme de artillero. Son-

reía, cruzado de brazos, con jactancia pueril. Alto, fino, esbelto, doncel, como un Ivanhoe o como un Nigel, tenía bajo el ros, ladeado a la sien izquierda, un rostro delicado, femenino. Diríase un

derse contener, gemía, con el corazón traspasado:

—¡Sentrañas!

El gato, arqueando el lomo, se encaminaba hacia su dueña, cuando, frente



seminarista, en traje de campaña, o una señorita, en disfraz de artillero, para ir a un baile de trajes.

Antoñica, plantada ante él, manoteaba expresivamente, sin decir palabra. Contemplándolo, compungida, cerraba los ojos, reprimía un gemido, movía la cabeza como un viejo de melodrama. Luego, era una mímica incesante, mezclada de hipos. Abría los brazos a lo ancho. Los alzaba hasta la cabeza. Cruzábalos, descruzábalos. Por fin, ya sin po-

a la puerta de la calle, resopló, irritado, erizado. Por debajo del cortinón, un perro chiquitín curioseaba el portal.

—¡Huum!—gruñó el gato, amenazante, estirando el cuello, en una exploración de batalla.

—¿Huum?—parecía interrogar al perro, como diciendo: «¿Quieres guerra?»

De pronto, alzando el cortinón, apareció un mocoso en babatel, comiendo pan y chocolate. Era rubiasco, molettudo, regordete, como un barril de aceitunas,

Sacaba la pancilla, mostrando el babatel descosido y con lamparones. Viendo al gato en acecho hostil, alargó el piececillo con alpargata.

—¡Jueral!

El gato, dando un brinco, desapareció. Entonces, envalentonado, el perrillo entró en el portal, ladrando si tenía qué.

Con el delantal en los ojos, vino Antoñica.

—¡Pontoquillo! Si es mu temprano. Si no ha venido don Miguel. Güelvé dentro de media hora. Anda...

El chiquitín, sin expresar contrariedad, mordió el chocolate.

—¿No lo oyes que dentro de media hora? Aspérate, hombre.

Fué a la alacena. Tomó un rosco.

—Vaya, ten. ¿Y tu mae, peinando? ¿Y tu pae, en la sapatería? Ea. Pos güelvé luego, a ver qué ta traía el amo de la güerta.

Pontoquillo, trincando el rosco, dió media vuelta y salió sin hablar, como había entrado. El perro, todavía gruñó un instante, cabeceando entre el cortinón. El gato, desde la salita, acechaba medrosamente.

Una voz varonil gritó en la puerta:

—¿Merca osté jarras de la Rambla?

—Tenemos—respondió Antoñica, sin mirar.

Descolgó una, con su tapadera de escaña, rematada en borlitas rojas. Bebió con avidez, resoplando. Luego, fué hasta la reja a dar un vistazo a la calle, llena de empedradores, de chiquillos llevando espuelas, de feriantes clavando escañas y toldos. Indignéle la confitea; pomposa en los encajes de su bata azul, ya peinada y con moña de jazmines desde medio día, en una exhibición gechugona, llamativa, incitante.

—¡Será...!

Lo iba a decir, pero echó a correr hacia el patio. Llamaban con estrépito al postigo.

—¡Uy, don Miguel!

Abrió. La jaca dió un relincho a la querencia. Don Miguel, desde el comidín, preguntaba, airado:

—¿Está usted sorda? Media hora llevamos en el postigo la jaca y yo...

Descabalgó, entre las disculpas de Antoñica. Una caterva de gallinas andaba entre los pies de la jaca, ante el pesebre.

—Ox, ox. ¿No lo estáis viendo que sus pisotea?—gruñó Antoñica, volcando el esportón de alcacer.

Don Miguel, corpulento, el pavero atrás, el marsellés calado de sudor, comenzó a desaparecer la jaca.

—¿Trajeron los dos almocafres? ¿Vinc Peturdes? ¿Hubo carta?

Antoñica informó de todo, mientras preparaba la harina de cebada para el refresco.

—Trajeron los dos almocafres, pero sin componer. Vino Peturdes, y se llevó la zalea granda.

Luego, dramática, patética, elevó los ojos al cielo:

—No hubo carta. ¡No quiso Dios que hubiese carta!

Don Miguel, impaciente, brusco, rehu-

yendo blanduras, removía el refresco con la cucharilla.

—¡Por vía, San Juan Nepomuseno, hombre! ¿No hay carta? Pos que no la haya... ¿Nos vamos a morir por eso?

—¡Don Miguel!

—Ni don Miguel ni San Miguel, ea.

¿Es él el único que está en África? Pos entonces...

—No hable usted así, que da frío oírle... ¡Sae Dios la que estará pasando el alma mía! ¡Sentrañas!

Torvo, rechinando los dientes en una sorda cólera contra el destino, irritado con las blanduras de Antoñica, que gran como una acusación implícita a su energía paternal, renovaba violentamente sus teorías sobre el aguante de los hombres.

—Los hombres no son de alfeñique, pa que usted lo sepa. Los hombres han de ser de hierro. ¡De fierro!

Excitado, convulso, rendido de las emociones y el calor, se dejó caer en el sofá.

—Los hombres han de ser de hierro—repetía, liando un cigarro.

—Es claro. Como usted no lo ha criado a sus pechos, ni le ha dao su sangre...

Se levantó, como a un resorte. Cambió la ira por el sarcasmo.

—Como que soy un mal padre. ¡Como que soy de piedra!

Otra vez los ladridos y Pontoquillo, alzando el cortinón.

—Ahí tiene usted al de la Fandanga. Yo me voy a hacer el gazpacho.

Asomó don Miguel, pálido. ¿Lo expulsaba? ¿Lo recibía?

—Pero, hombre. ¿Ya estás aquí? ¿A qué vienes?

El muchacho, alzando los hombros, se quedó con la boca abierta. Luego, tras un mohín de duda, repuso:

—A na...

Poco después, Antoñica fué a la alacena por aceite para el gazpacho. Cruzando frente a la salita, vió a Pontoquillo cabalgando en un muslo de don Miguel, y a éste que, vuelta la cara hacia el retrato de su hijo, canturreaba maquinalmente:

Arre, borriquito;
vamos a Belén.
Mañana, domingo,
y al otro, también.

Pontoquillo, espoleándole, pedía con su media lengua:

—Ota ves. ¡Anda!...

CAPÍTULO II.—UN TELEGRAMA

¡Qué tres días! Todos los dolores morales galoparon desenfundadamente sobre aquel espíritu, devastándolo, saqueándolo, entrando a sangre y fuego en él, como una horda.

Primero, la noticia del ataque moro:

«Nuevo ataque a Chelalza.—Sorpresa nocturna.—Los moros llegan a las alamedas.—Nuestras tropas les infligen duro escarmiento.—¿Sigue el combate?»

Bebió materialmente el despacho. Era una sed espoleante, angustiosa, dolorosa, por llegar al final. Una congoja,

¿Y si había seguido el combate? ¿Y si en él su Felipe...? Nuevamente se vió cercado de hipótesis lúgubres, como una res por la jauría. Siempre que sucedía esto, para afrontarlas y vencerlas, apretábase el cinturón, se abrochaba el maresellés, salía al patio sin sombrero, arre-

había aterrorizado al pobre padre: «Otro gran desastre en Chelalza.—Los moros mutilan ferozmente a nuestros soldados...»

Saltó epígrafes. Fué, como un rayo, al texto. Temblaba. ¡Oh, el suplicio de leer nombres de víctimas! Era como caminar entre muertos, como ir, uno a uno, reconociéndolos, palpándolos. «Este no es!... ¡Ni éste!... ¡Ni éste!... Pero ¿será aquél? ¿Será ese otro? Veñan, en trágico amasijo, jefes, oficiales y tropa. ¿Por qué no clasificarlos debidamente? Cada uno se iría en seguida a los jefes, a los oficiales, a la tropa, según. Pero no se perdería tiempo en buscar tan lúgubres nombres. Cada décimo de segundo es, en estas lecturas, siglo de espanto. Debían pensar más en las madres, en los padres, en las esposas, en los hijos...

Todas estas ideas zumbábanle en el cerebro y le atormentaban, mientras iba leyendo, saltando nombres, con el vago remordimiento de quien abandona cadáveres al enemigo y a las aves de rapina.

De repente leyó «Felipe», y fué como si hubiese visto al hijo de su alma, agarrotado entre unas chumberas, con las manos crispadas en el cerrojo del fusil, pudriéndose al sol... Sintió un mareo; pero afirmóse en los estribos tan vigorosamente, que la jaca se ladeó, agitando el periódico como un banderín blanco, de parlante.

Leyó, después del nombre «Felipe», un apellido extraño. Fué el jadeo de la leta. ¡Jaaá! ¡Qué descanso! ¡Qué verdadera, penetrante, grave alegría!

Un balido le hizo tornar la cara. En un huerto, junto al camino, vió una cabra, atada al tronco de un manzano. Era chiquita, cenicienta, fina, como una coqueza. Lanzaba su balido y se quedaba como esperando la respuesta, inclinándose hacia el otro, prestando oídos, tiesas las orejas y moviendo el rabo rabón.

Al pie del manzano, en la viña, había un hato de mochilas y serones. Un hombre, en mangas de camisa, llevando un cenacho, se inclinaba de cuando en cuando entre las cepas verdes.

Don Miguel detuvo la jaca. Dió voces: —¡Eh, Fermín! ¡Fermín!

El hombre, con las manos en visera sobre los ojos, avanzó al camino.

—¡Carales, si es don Miguel!

También tenía un hijo en la guerra. También llevaba meses y meses en la misma angustia mortal. Don Miguel se detuvo en el huertecillo, trabando diálogo con Fermín para estudiar las emociones paternas y comparárlas con las suyas. Era el hortelano hombre adusto, corto en palabras, hostil a las sensa-



bruscamente iniciada, al ver el nombre de la posición donde se hallaba su hijo. Veinte renglones que parecían no acabar nunca. Cada cifra, cada juicio, le aterraban. Cada detalle, le daba frío al corazón. La vista, loca como el pensamiento, no seguía regularmente los renglones, sino que saltaba aquí y allá, buscando, rápida, nombres propios.

Al leer el último nombre, jadeaba, como un atleta al terminar la lucha. ¡No estaba su Felipe! ¡Jaaá! Y su titánico resuello agitaba el periódico como un viento. Las manos, agarrotadas al papel, retirábanse con fragmentos adheridos por la presión nerviosa. ¡Su hijo vivía!

Esta idea infundióle una alegría frenética. Sentía impulsos de saltar, de gritar, de abrazar. ¿Cómo no se engalanaba la tierra, estrenando una nueva luz, un nuevo sol?

Súbitamente, el último renglón del parte volvió a inquietarle: «Supónese que continúa el combate».

¡Supónese! ¡En un despacho oficial! Le indignó tanta ligereza. Hizo, ingenuo labrador y padre angustiado, una severa crítica de estos partes, redactados por la rutina, con la vulgaridad del hábito, sin el sentido nacional que tiene en ellos cada cifra y aun cada coma.

mangándose los brazos, como si saliera desafiado por un hombre.

Antoñica, en viéndole así, murmuraba, soplando el anafre:

—Ea. Ya, está el león con la calentura...

Y daba mil rodeos por no hablarle, temiendo sus terribles cóleras.

Al día siguiente, amanecido, don Miguel arregló su jaca, tomando el portante a la estación, que distaba tres leguas. Aguardó el tren correo, compró los periódicos y regresó, devorándolos en el comodín.

Iba la jaca pinturera, gallarda, presumiendo como una mujer bonita. Cabeceaba entre los álamos del camino, con la elegancia y la finura de un corcel en carroza real. De cuando en cuando relinchaba, para oír sus propios relinchos, como esas tipes que se escuchan sus gorgoritos cuando la lección de El barbero de Sevilla.

Don Miguel, absorto en los diarios, respondía maquinalmente al saludo de arrieros y trajinantes:

—Vaa osté con Dios.

—Con Dios, caballeros...

De pronto, dió una violenta sacudida. La jaca hizo un extraño, espantado. Aquel letrero llamativo, a dos columnas,

pléreas. Reconcentraba su dolor en una dignificación varonil de silencios torvos y puños apretados. Don Miguel se veía en Fermín como en un espejo, ante el cual estudiaba su carácter como en un tocado.

—¿Qué, ¿sabes algo de tu hijo?

Negó con la cabeza, el dedo gordo entre los dientes. Arrugando los ojos, dijo:

—¿Y osté?

—Eso venía leyendo. Otro ataque a la posición. ¡Otra carnicería, Fermín! Y uno, mientras... ¡Por vía San Juan Nepomuseno!

Fermín se encogió de hombros, cerraba los ojos, dejaba escapar un amargo ¡psé! fatalista.

—Es no vivir—continuaba don Miguel—. Este parte es del día 9. ¡Figúrate! Estamos a 12. ¿Qué sabemos lo que ha pasado en tres días? ¡Pueden suceder tantas cosas! ¡Que no lo matan! ¡Y si me lo hieren? ¡Que no me lo hieren! ¡Y si lo cogen prisionero? ¡Que no lo cogen prisionero! ¡Y si ha desaparecido y no se sabe dónde está?

El airecillo matinal rizaba los maizales. Aíase el canto de las norias. Una bandada de zuritas anubló el sol.

Don Miguel, en el comodín, abrió los brazos, desolado.

—Es pa volverse loco. ¡No sabe uno qué jaser!

Rudamente, dijo Fermín:

—Yo sé lo que haría...

—¿Tú? ¿Qué?

El hortelano hizo chascar dos dedos en castañuelas. Luego, sombrío, comentó:

—Ni eso pue uno: ni quitarse de en medio pa escansar. ¡Con cuatro hijos, ni quitarse de en medio!

Terriblemente impresionado, regresó don Miguel al pueblo. Todo el día la tesis de Fermín le trabajó el espíritu. El no tenía más que un hijo. Estaba solo, sin más afán, sin más responsabilidad.

¡Podía descansar por siempre! Penetró en la salita. Afrontó, en silencio, el retrato. Empuñó la

trágica idea, como un cirujano el bisturí. De pronto, alzó los ojos, y vió al hijo, sonriéndole, sonriéndole...

—¡Un telegrama!—gritó, despavorida, Antonica, alargando el papel azul.

—¿Un telegrama? A ver...

Leyó. Cerró los ojos. Apretó los puños, titánicos.

Antonica dió un grito de horror...

—Chust... Veremos, veremos... Un desaparecido no es un muerto. ¡Veremos!

—¿Un telegrama? A ver...

Leyó. Cerró los ojos. Apretó los puños, titánicos.

Antonica dió un grito de horror...

—Chust... Veremos, veremos... Un desaparecido no es un muerto. ¡Veremos!

—¿Un telegrama? A ver...

Leyó. Cerró los ojos. Apretó los puños, titánicos.

Antonica dió un grito de horror...

—Chust... Veremos, veremos... Un desaparecido no es un muerto. ¡Veremos!

—¿Un telegrama? A ver...

del criado, el té con limón... Por fin, el muelle, los primeros jaiques odiosos, las azoteas, las palmeras. ¡Melilla!

¡Y todo este calvario—que a él, robusto, en la madurez de la salud y del espíritu, le había quebrantado tan hondamente—fué recorrido meses antes por su hijo, mozo de cuerpo y alma, delicado, mimado, como una niña!

—¿Qué sería de él? ¿En qué aduar, bajo qué feroces rifeños estaría en aquel instante?

Abrió, de par en par, el balcón. Fué un deslumbramiento de sol, que le obligó a taparse los ojos. Lentamente se acostumbró a mirar. Era un parque moderno, anchuroso, con paseos centrales de palmeras y andenes llenos de gentío. Desfilaban tropas. Sonaban músicas y vítores. Sintió ira, pena. Murmuró, entre movimientos de cabeza:

—¡Por vía San Juan Nepomuseno!

A las doce, su amigo el comandante Leyva le trajo las primeras noticias. En la oficina indígena no perdían las esperanzas. Todo era cuestión de paciencia.

—Entonses, ¿usté cree?

—¡No lle de creer! Si está, como dicen, en Quebdana, no me parece muy difícil. Los quebdanés son tratables. Tenemos buenos confidentes y se han hecho en aquellas cabilas muchos rescates. Ahora que yo, como lo que abunda no daña, hago gestiones en los zocos, en las posadas, en el puerto, en donde puede haber un quebdani.

—¡Dios se lo premiará, amigo Leyva! ¡Usted no sabe!...

—¿Cómo que yo no sé? ¡Me han mata-do a un hijo hace dos meses!

Callaron. Fumaron.

—Todo listo. ¡Nada de gracias! ¡Tuviera que ver! Mohamed-ben-Alí se lleva el dinero, el retrato, la filiación. Recogerá a su hijo de usted...

—¡Dios lo quiera, amigo Leyva!

—Recogerá a su hijo de usted al anocheecer. Se pondrán inmediatamente en

¡Las diez! ¡Y aún no era medio día! Don Miguel, por calmar sus nervios, se acostó. Dió unas cabezadas en sobresalto, se levantó, volvió a acostarse...

Fumaba. Bebía. Abría y cerraba la maleta. Paseaba por la habitación como un tigre enjaulado. ¡Las diez y media!

Almorzó. Fué al café, donde unos vendedores hebreos le atiborraron de petacas, bequillas, sortijas, cadenas. Compraba de todo para él. «¡Dentro de pocas horas!»—decía entre dientes. Y miraba el reloj, estupefacto. «¡Las dos de la tarde!»...

Salió al puerto con el calor, entre grupos de cargadores, boteros y soldados en traje de mecánica. Presenció la descarga de un vapor mercante y de un torpedero que traía ametralladoras. Pero el olor del mar se le hacía de todo punto insufrible. Tuvo que regresar al hotel.

Por el camino, haciendo esfuerzos de voluntad, abstuvo de mirar el reloj. Media, sin embargo, la luz, creyéndola más débil, casi de crepúsculo. Cuando desembarcó en el Parque Hernández, ya no podía contenerse. ¡Las cuatro!

Así, hora a hora, minuto a minuto, aquel día se le hizo eterno. Al cabo, cuando anocheció y, del lado del Gurugú, descendieron sombras sobre los fuertes, don Miguel, echando mano a la petaca, se halló sin cigarros. Sonrió, viendo aquel modo de fumar, que en horas consumía cajetillas enteras. Penetró en el hotel para proveerse del habano de su maleta. El comandante Leyva le esperaba.

—Algo pronto es. Pero, en fin. Como usted estará impaciente...

—¡Figúrese, amigo Leyva!

—Bien, pues andando. Pero nada de nervios... ¡Usted parece un hombre, hombre...

—Creo. Me parece...

Anduvieron, bajo la noche oscura, fresca, llena de ruidos militares, de retretas y cantos patrióticos. Dejaron atrás

caseta entre un silencio interrumpido por el batir del mar en la playa. Ascendieron al parapeto, callados, pensativos, dramáticos, contemplando el campo enemigo y las calzadas por donde avanzaría el rescate.

Don Miguel, mudo, pateaba. El comandante, a media voz, decía:

—Nada de nervios, ¿eh? ¡Cuidado!

De pronto, en el silencio de la noche, del lado de Nador, sintióse como galopar de caballos. Don Miguel aferró a su amigo por la muñeca.

—Vamos, calma. Ya llegará...—decía en voz baja el comandante.

Por fin, mareado, débil, lleno de nervios y ternura, don Miguel oyó esta pregunta:

—¿Trae usted cerillas?

Enérgico, domando el temblor, alargó la caja. Oyóse el rascar contra la lija. Súbitamente se encendió, iluminando unos segundos el parapeto. Luego, de un soplo, el comandante apagó la luz. Y quedaron los dos unidos, aferrándose mutuamente los brazos, conteniendo las respiraciones, escrutando la oscuridad, en un ansia de vida o muerte.

¡Nada! El campo enemigo era, en la noche, como un mar. Algún ruido lejano e indescifrable. Tal vez un ¡ay! de herido. Acaso un grito de chacal, ventean-do la presa.

De repente, en la lejanía, hacia la izquierda, brilló fugazmente una luz. Fué como chispa desprendida de una fogata, como un fogonazo de fusil. Lució un instante, y se extinguió en seguida en las sombras.

Los aferrados transmitiéronse la impresión como una sacudida eléctrica.

Don Miguel, balbuciente, dijo:

—¿Vió usted?

El comandante, impresionado, recomendaba en voz temblorosa:

—¡Nada de nervios! ¡Eh? ¡Nada de nervios!

Al fin, distintos y sonoros, trotaron bajo el parapeto dos caballos. ¡Ya no había duda! ¡El rescate!

Descendieron, corriendo a todo correr. Llegaron ante las primeras casas del arrabal. Poco después descabalgaban un soldado y un moro. Bajo el farol del cuerpo de guardia, don Miguel, como loco, abalanzóse al militar, los brazos abiertos.

De pronto, retrocedió, espantado. ¡Aquel hombre no es su hijo!

—¿Qué?

El soldado bajó la cabeza, cerró los ojos, susurró con un hilo de voz:

—Mátame usted...

Entre el estupor de los circunstantes, confesó, humillado, abrumado. Hallábase cautivo, sin esperanza de escapar. Sintió que decían un nombre para efectuar el rescate. Vió que nadie acudía. Oyó que nuevamen-

te lo llamaban. Y entonces se presentó él...

—¡Mátame usted!—decía ante don Miguel, cuyos ojos de loco estaban lejos de la vida...

Cristóbal de CASTRO

Dibujos de Agustín.

CAPÍTULO III EL RESCATE

Despertó al pasadoble de una charanga. Miró la habitación del hotel; el lavabo, el armario, el balcón, por cuyas rendijas entraba el sol. Sentía pesadez en la cabeza y el estómago. Poco a poco ordenó el tropel de ideas. El tren... Málaga... El puerto. El embarque, al anocheecer, entre militares y caballos, y aquel olor del mar, tan intenso, tan insufrible...

Luego, la travesía, lloviendo a torrentes y con un calor de bochorno. Luego, las ansias del mareo, el salir y entrar

camino. Y al dar las once, nosotros, desde el parapeto, encenderemos una luz. Si desde el campo encienden otra, no hay más que hablar... ¡Tiene usted hijo! Y me voy, que me esperan en la Comandancia... A las diez vendré por aquí. ¿Conformes?

la ciudad, céntrica, alegre y confiada en sus cafés, bares y cines. Poco a poco, en el barrio hebreo apagáronse los estruendos, los gritos, el simple rumor de los transeúntes en la calle. Mostraron a las guardias el permiso especial de la Comandancia. Salieron hacia la segunda

te lo llamaban. Y entonces se presentó él...

—¡Mátame usted!—decía ante don Miguel, cuyos ojos de loco estaban lejos de la vida...

Cristóbal de CASTRO

Dibujos de Agustín.

VALERY LARBAUD

DURANTE la breve estancia de Jules Romain en Madrid, y en los comentarios recientes, ha podido observarse hasta qué punto la presencia de un joven maestro extranjero lograba despertar el interés de ese público aficionado y disperso que, en general, permanece reacio ante el prestigio senil de los consagrados como ante el deslumbrante juego de algún prodigio en ciernes. ¿Será que la plena voz de un maestro joven lleva, en sí, tanta avidez espiritual, tanta promesa de posibilidades e inquietudes, que constituye la más sugerente interrogación a todo eco propicio?

Mas no ha de hablarse de los jóvenes maestros de Francia sin que acuda el nombre de uno a quien nos convendría especialmente hacer venir, pues que a su peculiar importancia contribuye una cordial predilección por las letras españolas. Predilección bien probada en estudios, traducciones y glosas que evidencian un criterio propio, depurado, y que—compartido o no—revela excepcional conocimiento de nuestro país, de nuestro idioma, de nuestra literatura. Sus opiniones sobre este particular son demasiado conocidas para repetidas aquí,—menos aún sin tratar de representarnos antes la significación y la autenticidad de quien las formula.

Valery Larbaud nace en Vichy (1881), y desde muy niño realiza, con su familia, continuos viajes, en los cuales empieza a modelarse la infancia—decisiva en él—de este hijo único, delicado, retraído y atento al panorama con que la vida le inicia. Ha seguido viajando luego, especialmente por Inglaterra e Italia y por España, donde ha vivido largas temporadas, observando, estudiando y, a veces, viendo sin ser visto: consecuente con su temperamento de espíritu reconcentrado, recatado y fino.

En 1908, algunos amigos consiguen que publique la primera parte de su *Barnabooth*, pero sin firma, y es preciso entonces que los críticos mejores acogan estos poemas con elogio, para que su autor—que con aparente indiferencia aventuraba en ellos sus primeras y fervorosas pruebas—se dé a conocer, adquiere confianza y se anime a mostrarse en lo sucesivo, apoyándose ya en la conciencia de su personalidad incipiente más que en las naturales influencias de una copiosa cultura. Y en la obra empieza a revelarse el alma misma del estudiante laborioso y tímido, que, en verdad, sólo desea recabar una atención discreta—a la vez inteligente y sensitiva—para hacer sus confidencias, mal calladas. Así, en la serie de ensayos psicológicos que titula *Enfantines*, palpitan, recientes, las angustias pueriles de unos seres, en torpe y cruel formación todavía, por entre los cuales, y como uno de ellos, bucea Larbaud, hostigando recuerdos, acusando anhelos y desmembrando la defensiva trabazón de ignorados rencores. Si, en definitiva, dejan estas bellas páginas una impresión de áspero desequilibrio, de irritada sensibilidad, flamante y en carne viva, es porque aciertan a reflejar hondamente el desazonado malestar de esa edad en que la inteligencia infantil, embrionaria y ávida, se agobia por no encontrar

la medida, luego llamada *exacta*, de las cosas; de esa edad en que el espíritu humillado, huraño, siente dolor de injusticia y desamparo ante la incompreensión de los mayores, que a su vez llevan el escarnio hasta calificarla de *edad ingrata*. (Defendiendo recientemente este penoso tránsito—y en términos tan apremiantes y apasionados que declaran la brusca reacción de un espíritu de ad-les-

Y llegamos a sus páginas más recientes: *Amants, hereux amants...*, donde se nos ofrece un cuadro que un pintor no vacilaría en llamar: «Descanso del poeta». Diríase, en efecto, que el curioso lector, atraído por un leve murmullo, sorprende al poeta hablando solo. En un entornado *far niente*, nuestro autor, que propende al soliloquio, aparece en un momento de reposo íntimo, ensoñan-

de no hay todavía elaboración ni artificio. Precede, pues, dicha actitud al Arte, por cuanto el poeta, receptor, lo es en potencia; no hace: sólo siente latir, en él, la causa de realizarse.

Se comprende que haya seducido a Larbaud este procedimiento que une a un esbozado neosimbolismo, la más concisa transcripción de la vida—anterior a toda literatura, y cuya obsesión de fundir o entreverar elementos y evitar contornos, evoca ese problema que preocupa a la plástica moderna y que no fué indiferente a Velázquez.

James Joyce—de cuyo *Ulises* dice T. S. Eliot que no solamente da forma a posibilidades incluídas en la lengua inglesa y jamás intentadas, sino que hace revivir al mismo tiempo la totalidad de su pasado—es quien ha inspirado «la forma» de esas páginas a Larbaud, el cual ha consagrado también a Joyce un hermoso estudio en el que se hace patente el perfecto orden interior, de trama y simbolismo, que bajo aparente desorden rige la disciplina de este estilo, que francamente califica de realista Ezra Pound.

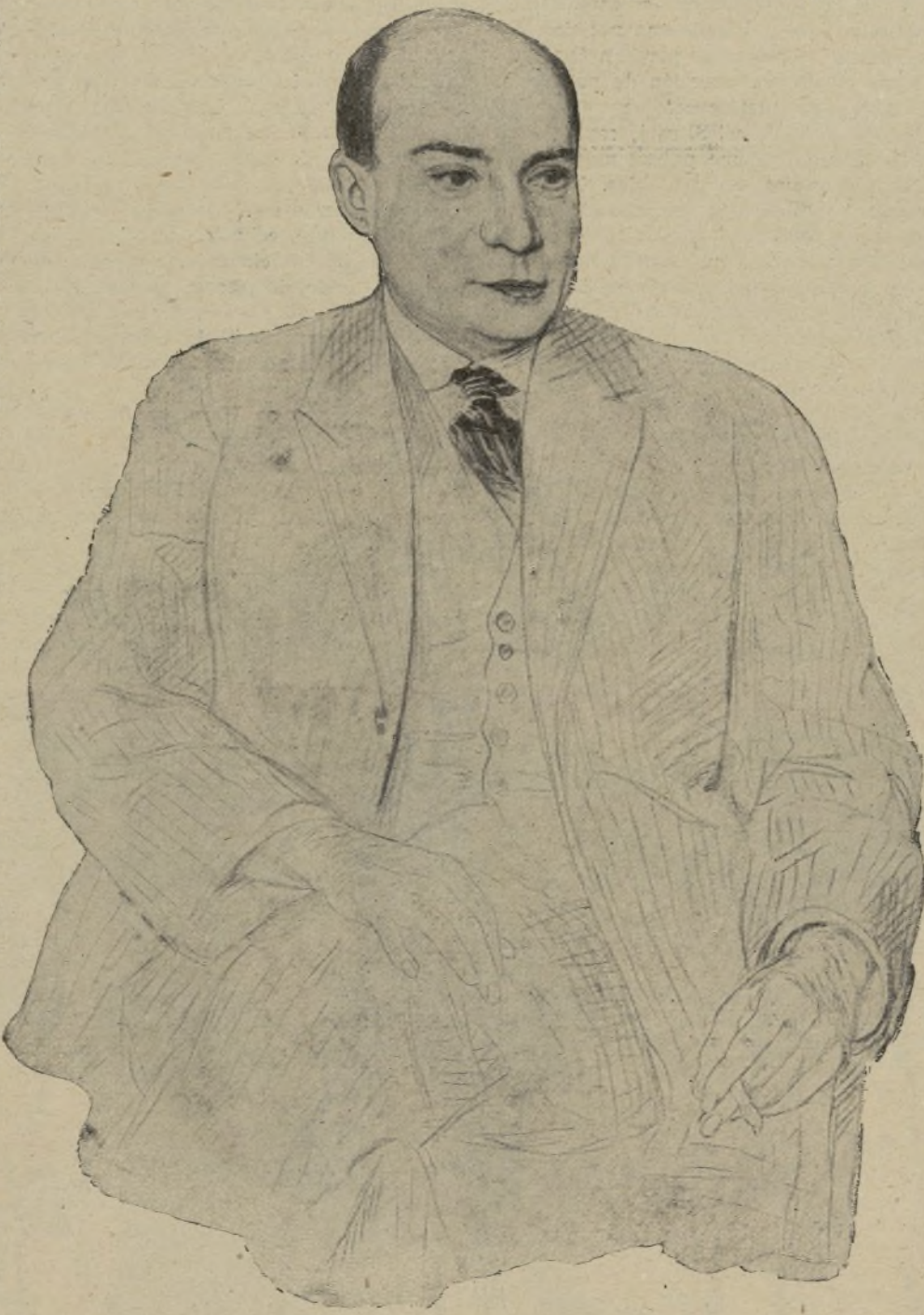
Esperemos la próxima producción de Larbaud para apreciar entonces la trascendencia de este bellísimo ensayo de virtuosismo literario «a la manera» de Joyce; es decir: a la última, hoy.

También se ha distinguido Larbaud en la crítica con sabrosos estudios sobre Whitman, Coventry Patmore, Levet... y Samuel Butler, ese interesante *enfant terrible*, precursor de tantos otros que, con sus paradojas, han escandalizado al gusto británico.

Además de extensas traducciones, dedicó a Butler una hermosa conferencia en «Los Amigos de los libros»—delicioso remanso de la «rue de l'Odeon», que dirige la gracia inteligente y amable de Mlle. Monnier—, y señaló allí un auténtico epicureísmo que supo hallar en él. ¿Qué influencia, nos preguntamos, habrá sufrido Larbaud en su largo comercio con la peligrosa doctrina butleriana? Siendo ya bastante fuerte para dominar el tóxico, sospechemos que más bien habrá extraído, de ella, algún beneficio: acaso una afirmación tónica que estimule la independencia de su espíritu de fino catador vital, curador experto de su propia libertad.

Pues hay que decir que así entreveremos a Larbaud, a través de su obra, cuya escasez—que acaso algún lector, egoístamente, le reproche—y clase, son las pruebas mejores de la lógica decantación que forma una personalidad inconfundible. Si nos asomamos discretamente por entre los ramajes de su jardín interior, hemos de vislumbrar, en primer término, en la puerta, una fina y severa autocrítica para que sólo escape lo mejor; más al fondo, la rara habilidad técnica de un *daemon*, que, como el baudeleriano, hace pensar que todo aquello que hace, lo hace siempre bien, y, por último, en lo más hondo, en lo íntimo, descubriremos un recatado espacio, de exquisito sibarismo intelectual, donde, sin actitud y en silencio, se deleita un espíritu selecto—como niño que, apartado en la sombra, saborea con fruición el caramelo mejor.

Antonio MARICHALAR



centa, patético, hostil, indómito—, ha lanzado su primer libro un escritor de talento: Henry de Montherlant.)

También se inicia en *Enfantines* un estudio que ha de ser especialidad de Larbaud: la psicología del alma femenina. Casi niñas aquí, han de ir creciendo, formándose—desarrollándose con él—hasta lograr el primer puesto en obras ulteriores: *Fermina Márquez* (vertida al español por Díez Canedo), *Beauté, mon beau souci...*, en las cuales domina, definido el tipo, recién hecho, fragante, de las jovencillas en flor, como nacidas a la sombra de

tro turbadoras escenas, deleitantes, que desfilan ledas y sin rozarle apenas: como a flor de conciencia. Lejos de la enfadosa labor de componer una acción, urdir un argumento, el poeta vive, palpita y se deja llevar suavemente por sus divagaciones, para volver de nuevo, complacido, al tema predilecto. Mezcla proyectos, recuerdos, reflexiones y, entre enervantes evocaciones mediterráneas y mañaneras fragancias, baraja cuatro deliciosas figuras de mujer.

La técnica aquí empleada por Larbaud, es, aunque puramente subjetiva, nueva en él. Este anotar, al aire, sensaciones, sentimientos, ironías, que parece desordenado e incoherente, es, si bien se mira, tan natural como la realidad misma, don-

... l'arbre jeune-fille
Que j'aime tant...

EL SEÑOR SIETE-COMINOS

É RASE un trapero (no todo el mundo puede ser rey o pastor), que se llamaba Siete Cominos.

En realidad no se llamaba así. Este nombre no se encuentra, que yo sepa, en ningún calendario. Siete Cominos era un apodo que tenía el siguiente origen:

Nuestro trapero solía ir por los pueblos con dos talegos a la espalda; en uno llevaba mil cachivaches, que el hombre cambiaba por ropas en desuso y trapos viejos; en el otro, metía los trapos que recibía a cambio de sus cacharros. Y como no tenía pelo de tonto y era un hombre de negocios, siempre que le ofrecían algo, solía despreciarlo, diciendo: «Esto no vale siete cominos».

De ahí que acabaron por llamarle Siete Cominos. En cuanto a su verdadero nombre, lo he olvidado, y supongo que a él le habrá ocurrido otro tanto.

Un día, caminaba Siete Cominos hacia un pueblo en donde solía hacer grandes negocios, cuando al pasar por un bosque se paró en seco, estupefacto y asustado.

A unos metros de distancia había en el suelo el cuerpo de una cabra muerta, y alrededor, un león, una cigüeña y una hormiga, que disputaban animadamente.

Siete Cominos, que estaba muy asustado, sintió que las piernas le flaqueaban al ver que el león avanzaba hacia él.

—Llegas a tiempo, amigo—le dijo la fiera.

—¡No lo crea usted!—exclamó el pobre trapero—. Temo molestarles, y prefiero retirarme.

—De ningún modo—protestó severamente el león—; necesitamos de ti.

El desdichado miró al león, a la cigüeña y a la hormiga, y pensó:

—¡Cielos! ¿Me irán a comer entre los tres?

Pero el león continuó:

—Llevamos media hora discutiendo para saber a quién de nosotros debe pertenecer esta cabra muerta, que hemos encontrado juntos. A ti, que eres hombre, y, por más señas, trapero, te toca ponernos de acuerdo.

Siete Cominos reflexionó, muy halagado de ser árbitro en tan grave conflicto. Luego, sacó su cuchillo, hizo de la cabra muerta tres partes iguales y declaró:

—Os pertenece a cada uno una parte.

Los tres animales quedaron maravillados por la sabia prudencia de este juicio salomónico. Después de felicitar al árbitro y darle las gracias, el león añadió:

—Quiero hacerte un regalo: arráncame un pelo de la cola y guárdalo preciosamente. Si alguna vez necesitas ser tan fuerte como yo, cógelo y di:

*Peleón, peleón, peleón,
quiero ser transformado en león.*

Y al punto lo serás.

—¿Pero eso es posible?—exclamó Siete Cominos.

—Como te lo digo.

La cigüeña avanzó, a su vez, y dijo:

—Arráncame una pluma del ala y guárdala con cuidado. Si alguna vez necesitas volar, cógela y di:

*Piedra berroqueña, piedra berroqueña,
quiero ser transformado en cigüeña.*

Y lo serás al punto.

Y la hormiga se adelantó también, y dijo:

—No por ser la más pequeña he de ser la menos agradecida. Te regalo este huevo, que acabo de poner. Si alguna vez

necesitas reducir tu tamaño al mío, coge el huevo y di:

*Miga de pan, miga, miga,
quiero ser transformado en hormiga.*

Y lo serás al punto.

Siete Cominos se apresuró a guardarse

en este pueblo? ¿Es que se han muerto todos los vecinos?

—¿Pero es que no sabes—contestó la vieja—que la hija del rey ha sido robada por el terrible gigante Fierabrás? Todo el país está de luto, y todo el mundo ha huído hacia la capital, sin que nadie se

gris, que se fué alargando, alargando y enrollando hasta formar un ovillo. Se lo entregó al joven (¿He dicho que Siete Cominos era joven? En todo caso, ya lo habrás adivinado), y le dijo:

—Sigue este sendero, contando trece veces trece; detente entonces ante un pino verde, y di: «Tocl, tocl, tocl» Entonces saldrá Musguín, geniecillo del musgo; le darás este ovillo de mi parte, y él te dirá lo que deseas saber.

Siete Cominos siguió estas instrucciones al pie de la letra; pero, cuando al llegar ante el pino verde, dijo «Tocl, tocl, tocl», no salió nada. Tornó a repetir «Tocl, tocl, tocl», y entonces oyó una voccecita aguda y rechinante que decía detrás de él:

—No puedo salir de mi casa, puesto que no estoy en ella.

El mozo se volvió, y vió un hombrecito diminuto, vestido de verde, con una barba verde y una seta a guisa de sombrero.

Siete Cominos le dió el ovillo de lana, y el geniecillo del musgo exclamó en seguida:

—Ya sé a lo que vienes, y también sé dónde está lo que buscas. La princesa Rosalinda se halla encerrada por Fierabrás en la torre del Dolor, que se eleva en la isla de la Pena, en medio del mar de la Desesperación. ¿Ves qué bien enterado estoy?—añadió, triunfalmente.

Siete Cominos, encantado, le dió las gracias por su amabilidad, la enhorabuena por su sabiduría y un regalo de su talego, en prueba de agradecimiento.

Libertar a la princesa fué para nuestro trapero punto menos que un juego. En el mar de la Desesperación, que era gris como un cielo de tormenta, no había ni un vapor, ni un velero, ni un mal bote. Pero Siete Cominos sacó la pluma y dijo:

*Piedra berroqueña, piedra berroqueña,
quiero ser transformado en cigüeña.*

Al punto notó Siete Cominos que le crecían plumas y pico hasta quedar convertido en ave. Y así, voló hasta la isla.

La isla de la Pena, árida y desierta, era negra como la tinta. Apenas el joven había recobrado su forma natural, oyó un rugido espantoso, y vió al gigante que avanzaba hacia él.

Fierabrás tenía un tamaño descomunal, tres cuernos enormes, un solo ojo en medio de la frente y el cabello enmarañado. Era un verdadero monstruo.

—¡Tiembra—gritó—, miserable insecto, al que voy a matar de un papirotazo de mis dedos formidables!

Siete Cominos echó la cabeza hacia atrás para mirarle, como se hace para ver los aeroplanos, y contestó:

—Es usted demasiado amable, señor Fierabrás; pero no es ese el objeto de mi visita. No he venido a que me mate usted, sino a devorarle para libertar a la princesa Rosalinda.

Y, antes de que el gigante volviera de su sorpresa, sacó el pelo mágico y dijo:

*Peleón, peleón, peleón,
quiero ser transformado en león.*

Y convertido en fiera, lanzó un rugido mucho mayor que el del monstruo, se arrojó sobre él y lo devoró.

En medio de la isla se elevaba la to-



los tres regalos; dió las gracias, a su vez, se echó a la espalda sus dos talegos y se alejó voceando con toda la fuerza de sus pulmones: «Traperooooo! Traperooooo!»

En el pueblo le esperaba una gran sorpresa: las calles estaban desiertas; las puertas y las ventanas, cerradas; las casas, silenciosas, y nadie contestó a sus pregones.

Perplejo y cabizbajo salía nuestro hombre del lugar, cuando vió a una viejecilla que hilaba ante su puerta.

—¡Eh! ¡Abuela!—le dijo—. ¿Qué ocurre

atreva a ir en busca de la princesa para libertarla.

—¿Y dónde está encerrada?

—Lo ignoro, hijo mío.

—Pues lo siento, abuela, porque, de saberlo, yo la hubiera libertado—declaró Siete Cominos.

—¡Ah! En este caso, aunque yo no lo sepa, puedo indicarte alguien que te informará—dijo la hilandera, sin sorprenderse siquiera por la afirmación del trapero.

Sacó de su bolsillo una hebra de lana

fre del Dolor, roja como la sangre. Siete Cominos, que había vuelto a ser un hombre, dió la vuelta a la torre: no había ni puertas ni ventanas. Entonces sacó el huevecito, y dijo:

*Miga de pan, miga, miga,
quiero ser transformado en hormiga.*

Y, convertido en insecto, se coló por un agujerito de la pared.

La princesa Rosalinda se hallaba en la habitación más alta de la torre, sentada en un diván de terciopelo rosa, y sus hermosos cabellos rubios cubrían su vestido de brocado azul.

¿Cuál no sería su alegría al ver a su libertador y al enterarse de la muerte de su verdugo?

Para salir de allí y volver a su país, Siete Cominos no tuvo mas que volverse a transformar en cigüeña, echarse a la princesa sobre la espalda y, en esta forma, llevarla en un momento al palacio de su padre.

Ni un libro entero bastaría para describir el regocijo del pueblo y del rey

ante tan fausto acontecimiento. Tampoco es descriptible el entusiasmo de todos hacia el libertador y la efusión con que fué llevado en hombros y paseado en triunfo por toda la ciudad.

Y ahora os figuráis, sin duda, que Siete Cominos se casó con la princesa Rosalinda. Pues estáis equivocados. El rey no concedió la mano de su hija al traidor, por el hecho sencillo de que éste no se la pidió.

Pero Siete Cominos recibió un premio que le agradó más que la mano de la princesa: el rey le regaló una moto con «side-car» (en aquel tiempo feliz había muy pocas motos, y éstas eran objetos de gran rareza y valor), con la cual nuestro hombre pudo trasladarse rápidamente y sin cansancio de un pueblo a otro, y de este modo realizó grandes negocios y se hizo rico en poco tiempo; justa recompensa a su valor, sus méritos y su simpatía.

PINOCHO

Dibujos de BARTOLOZZI.

La canción de Mambrú

CANCIONES ingenuas de los niños en las viejas plazas y en los claros jardines, llenas de una inefable fragancia milenaria e infantil a un tiempo, yo os amo melancólicamente, como se ama todo bien perdido, y os lloro con la pena fraterna y singular con que se llora al hermanito un año mayor que nosotros, que nos acarició paternalmente con su suficiencia de primogénito, que compartió nuestros juegos... y que se fué para siempre en una noche de largos lamentos, como de entrañas desgarradas, mientras una amiga bondadosa nos llevaba de nuestra cuna a su casa para que no viésemos el paso de la Pálida por nuestro hogar en duelo.

Canciones evocadoras de aquella dulce edad, que de vez en vez—al cruzar la plaza de Oriente o el salón del Prado, con nuestras inquietudes de hombrecillos o de superhombres—penetráis por nuestros oídos indiferentes y envolvéis, como en un velo de bruma acariciante, nuestro corazón herido en la batalla cotidiana, yo os amo con la unción humilde y extática que a la oración primera, y mi alma llena está de gratitudes para vuestro sedante beneficio.

...Entonces todo era paz en nuestro corazón. Nos levantábamos con el alba y sabíamos de la gloria solar. Hoy, noctámbulos incorregibles, si alguna vez sentimos la aurora en nuestra frente, es el día en que, prolongando la orgía nocturna o la tertulia irónica y sarcástica, nos recogemos demasiado tarde. Eramos puros y sencillos; no padecíamos ninguna ictericia espiritual. ¡Entonces sí que, sin saberlo, éramos poetas! ¡Oh, los jardines encantados; oh, nuestros fabulosos viajes de maravilla por los países de la Fantasía, frente a los mapas de clase o las láminas de los libros; oh, nuestras visiones de extrañas figuras—dragones, ejércitos, montañas, lagos y navíos...—en las nubes luminosas del crepúsculo; y oh, nuestro infantil y ya perdido espíritu de nautas del espacio, tripulando las irisadas pompas de jabón que desde nuestras ventanas lanzábamos al merced del viento!...

Todo pasó ya, hermanos menores que cantáis en corro junto a una estatua ecuestre o una fuente glugluteante. Y hemos perdido lo mejor: las rosas de nuestra prístina ingenuidad. Sólo nos queda el eco vago, melancólico y tierno que vuestras canciones despiertan en

nuestro corazón; las evocaciones lejanas que traéis de un jardín que recorrimos mil veces, al azar, tras un árbol; la plaza provincial, con sus bancos—piedra y musgo—, sus arrayanes verdes, esmaltados, y su casita central, de la que partía una cascada construida por el jardinero del Municipio y ornamentada en sus orillas con caracolas y conchas de la mar. Los niños precoces—que amamos antes de tiempo—y los hombres tardíos—que jugábamos aun después de apuntarnos el bozo—recordamos también el primer beso, el beso inefable y furtivo que dimos una tarde, tras un macizo de evónimos, a una niña meridional, de esas que tienen prematuros aspectos de mujeres y que parecen haber nacido con el arte no aprendido de la coquetería y la incitación en la figura...

En los labios niños
las canciones llevan
confusa la historia
y clara la pena...

ha dicho un alto poeta, y es verdad. Ellos cantan con una tristeza persuasiva y contagiosa la muerte de la reina Mercedes:

(los faroles de Palacio
ya no quieren alumbrar...),

o la elegía de la joven enamorada de un mocito barbero y a quienes sus padres metieron monja:

(lo que más sentía yo
era mi mata de pelo...);

ellos cantan el romance de Morandina o la tragedia de Delgadina, y aunque el dolor antiguo que hizo poeta al poeta anónimo de la canción perdure claro y lancinante, la historia, el sucedido, el episodio que la engendró, se ha esfumado, se ha perdido en la serie infinita de atardeceres que recogieron la balada en sus vastos senos encendidos...

Deseoso de que no se pierda del todo, un rey mago—el rey mago que en su Gran Libro va escribiendo los hechos de los hombres, para darles, según sean buenos o malos, el premio o el castigo de la Posteridad—me ha traído para vosotros la historia de uno de vuestros más afamados héroes familiares; ese cuya muerte lloráis en la marcha fúnebre de vuestra balada; ese guerrero misterioso que no vuelve—como no vuelven nuestra infancia ni nuestra juventud—, y cu-

ya esposa, la esposa que le habéis adjudicado, Elisa,

Elisa de Mambrú,

también lloráis en otra de vuestras canciones, al llevarla a Atocha en el áureo ataúd.

Y el rey historiador, acariciando su blanca barba patriarcal con su mano de viejo marfil, me ha mostrado su Libro y ha leído:

«Juan Churchill, duque de Marlborough más tarde—de ahí el nombre de Mambrú—, nació en un humilde hogar de Ash (Devonshire, Inglaterra) la mañana de San Juan del año 1650. Pasó su mocedad al lado del duque de York, de quien fué paje, hasta que en 1672—conquistado ya el sobrenombre de *el Bello Inglés* por la bizarría de su arrogante figura, por su larga melena blanca y por su talento natural—quiso captarse la fama bélica de los héroes. Su primer hecho de armas le valió el prestigioso puesto de abanderado en los ejércitos territoriales; cien combates más, todos afortunados—en Hochsted, en Ramilliers, en Ostende, en Ourdenade, en Malplaquet...—, le conquistaron el laurel de los vencedores, y su nombre llenó los ámbitos del mundo. A los cincuenta y nueve años era ya general en jefe de las huestes británicas.

Cansado y quebrantado para la vida de campamento, se dedicó entonces a la política, y ejerció un alto puesto en los destinos del Estado, logrando los más preciados honores de príncipes, reyes y emperadores, y—lo que vale más—el amor unánime del pueblo inglés.

Había casado a los treinta años con Sarah Jennings, mujer de gran inteligencia y belleza, que le dió cinco hijos. Fué la esposa del glorioso guerrero predilecto amiga de la reina Ana, y desempeñó el cargo de superintendente de palacio, donde, en unión de Juan, dejó sentir de modo tan manifiesto su decisivo influjo, que la reina, en memorable

ocasión, dijo de ambos: «A tal extremo han llegado en su dominio, que ya no puedo, ni quiero, colocar un alfiler en mi tocado sin la venia del matrimonio».

El duque de Marlborough dejó a sus vástagos con un nombre ilustre, una fabulosa fortuna, y falleció en Windsor el 16 de junio de 1722, siendo sepultados sus restos en Westminster, entre los grandes hombres de la Gran Bretaña.

A su muerte, Francia, tan castigada por Inglaterra, echó a volar por plazas, mercados y jardines, la canción de Mambrú, como desquite lírico de los vencidos; sin embargo, hasta 1781 no se hizo popular la balada, que había caído prematuramente en el olvido. Pero madama Poitrine, la nodriza del Delfín de Francia, que la recordaba por haberla oído en sus infantiles días provincianos, se la enseñó a la desventurada María Antonieta, la del sangriento collar revolucionario. La corte de Luis XVI la puso en boga en París. La guerra de nuestra Independencia la trajo a España.

En su origen, fué una canción burlesca, parodia de otra mucho más antigua titulada *Convoi du duc de Guise*, popularizada por las tropas francesas a raíz del asesinato del citado duque por Poltrot en el sitio de Orléans, 1563.

Los cruzados de San Luis cantaban asimismo un romance muy parecido a éste y con la misma melodía. Chateaubriand halló una canción de ritmo idéntico entre los árabes de Siria, donde la cantaban hacia ocho siglos...

Para vosotros, niños cantores de las viejas plazas y los claros jardines, que en cortejo del crepúsculo eleváis al cielo desde vuestros corazones immaculados, como desde incensarios de plata, el humo puro de las canciones ingenuas, escribí estas líneas, temblando de emoción en el recuerdo de la dulce edad primera, vuestro amigo, ¡que ya nunca será como vosotros!,

Juan G. OLMEDILLA

El espiritismo de mi primo

DESEO referir la confesión de un crimen, a causa de que el criminal, al que probablemente conocerán muchos de mis lectores, me inspira excepcional aprecio.

Se trata de mi primo, el conocido arquitecto Jaime Segura, que, según la opinión general, está algo loco. Esta se funda en que tiene abandonados sus asuntos profesionales, hasta hace poco brillantísimos, y en que habiendo desde la reciente muerte de su madre un quinto piso, excesivamente modesto para él, rehuye el trato de gentes, contestando extravagancias a quienes se creen con derecho a pedirle explicaciones de su conducta.

Afirman que se dedica al espiritismo. Al manifestarle yo la opinión general sobre su conducta, nunca he conseguido otra cosa sino que, sin la menor acritud, me conteste: «Déjales que digan; más vale estar loco que mal acompañado».

Saliendo juntos hace unas noches de una exhibición de la película *Los tres mosqueteros*, al doblar la calle del Arenal, mi primo me habló de esta manera:

—Es la mayor burla y escarnio que hacerse puede de vosotros, los modernos literatos empeñados en destilar quintas esencias de las cosas, que el hasta ahora novelescamente desdeñado caballero Artagnan triunfe de esta manera. Casi todos los literatos célebres y casi todas las célebres novelas han tanteado la película con tanto o más lujo de presentación

que *Los tres mosqueteros*. La insolente pluma del chambergó del bearnés los ha barrido a todos con su complicado saludo de la corte de Luis XIII.

—Realmente—repliqué—es incomprendible lo que sucede. Me ha dicho mi editor que se vende la novela de un modo asombroso.

—Incomprendible para vosotros los intelectuales, empeñados en darle vueltas a la efímera forma de las cosas, desdeñando el alma inmortal que vibra en todo lo creado, sacudiendo las muchedumbres cuando llega el caso. Existe algo que unas veces se denomina amor, otras, amistad, heroísmo, generosidad, etc., que informó la vida de Carlos de Baazt y sirvió a Dumas para escribir una novela, detestable literariamente, si en ello te empeñas, pero que lleva dentro de sí el secreto de la vida eterna. Ese secreto que, cuando no acertáis a hincarle el diente, denomináis los literatos sentimentalismo, cursilería o algo semejante.

—Bueno; ¿y quién es ese Carlos de Baazt de quien me hablas?

—El propio Artagnan, hombre; existió. ¡Vaya si existió el caballero! Es un buen amigo mío. Fué Artagnan y conde por su madre, y, como Dumas refiere, después de ser teniente de mosqueteros llegó a mariscal, muriendo heroicamente en el sitio de Maestrich. Actualmente deleita su espíritu observando cómo hermanan sus sentimientos con los del mundo entero al través de los siglos. Y es que no somos tan malos como dicen.

No quise contestarle, viéndole a los bordes del espiritismo, para evitar posibles discusiones.

Al doblar la calle de Preciados saludó a uno que pasaba, y le pregunté quién era.

—Un antiguo condiscípulo que se murió hace tres años; ahora es agente de maquinaria.

Me planté decididamente ante una tal extravagancia, diciéndole que no tenía gracia ninguna que tratara de burlarse de mí tan sosamente.

Mi primo, con mucho sosiego, procuró tranquilizarme afirmando que hablaba en serio sin la menor intención de burla, como me explicaría detenidamente si tenía la amabilidad de subir a su casa, que no estaba lejos. Y accedí, recordando que, según Galdós, la de las dos de la mañana es la hora más apropiada para las confidencias.

A mitad del ascenso a su quinto piso, se volvió para preguntarme sin más preámbulo: «¿Eres cristiano?» Y no me dió otra aclaración a la pregunta que un satisfecho «Perfectamente», cuando le contesté que creía serlo.

Ya en el piso, me introdujo en una anchurosa estancia, en la cual dos amplios balcones daban a los recientes derribos de la Gran Vía.

La habitación aparecía repleta de libros. Sin decir palabra, mi primo fué colocando algunos de ellos sobre la mesa central, ante un amplio sillón fríaluno, donde me hizo sentarme.

—Aquí tienes *La Magia natural*, del padre Castillo, y *El Ente dilucidado*, de Fuentelapeña, y dime si algo de enjundia que se les haya ocurrido a los modernos espiritistas no se les había ocurrido ya a nuestros buenos frailes de siglos pasados. El cuerpo astral, tan cacareado, es una concepción de Paracelso nada menos. Queda el recurso de suponer posible que los modernos adelantos de las ciencias hayan permitido levantar un extremo del velo que envuelve el misterio de ultratumba. Pues ahí tienes—y me alargó otro libro—fotografías de espíritus, de Blanco Coris nada menos, que resultan grotescas. Dime si el espíritu de madame Dufrenoy no resulta algo así como un anuncio de una casa de perfumería o cosa semejante. No es posible creer en semejantes absurdos. En resumen: que todo el actual movimiento espiritista que los modernistas han dado últimamente en cultivar, es más antiguo que moderno y está plagado de trucos y mixtificaciones.

—Así, pues, ¿tú no crees en nada de esto?

—Alto ahí; estás aquí para que te explique algo. Creo en el alma inmortal que anima el cuerpo humano, y esto me basta. Creyendo tal, todo es posible, pues no se puede suponer el espíritu ligado inexorablemente al cuerpo que transitoriamente habita.

Creo, además, que el alma abandona el cuerpo dormido, y es de suponer que su velocidad de transmisión sea instantánea. Siento, también, que mi cerebro recibe impresiones que no sé de dónde proceden. Y no necesito más para comunicarme, por medio de la única comunicación posible, con los seres superiores, la vida de la razón y del sentimiento, puente seguro de concordancia con los espíritus para comunicarme con ellos. ¿Que ni los veo ni los oigo? ¿Qué importa, si los siento y dialogo con ellos? Desde ese sillón, sin mesas giratorias ni emblecos, comunico con infinidad de almas errantes, cuyo trato me deleita. Lo que hace falta para ello no son «mediums» farsantes ni sesiones grotescas, sino creencias sinceras, conciencia tranquila y limpias intenciones; precisamente lo que más escasea. Casi todos invocan los espíritus con fines utilitarios; hay quien sueña con servirse de ellos para jugar a la Bolsa o la lotería. Resultan grotescos casi todos los espiritistas modernos.

Mi primo se excitaba con sus lucubraciones. De pronto, abrió un balcón y señaló el Madrid nocturno, cuyas luces centelleaban en las calles y plazas que la altura de nuestro piso nos descubría.

—Ahí tienes miles de miles de humanos dormidos. ¿Qué hacen sus espíritus en este momento?

La noche era hermosamente estrellada, y callamos contemplando su esplendor argentado.

Sentí de pronto la impresión de que alguien estaba detrás de nosotros, y Jaime debió de sentir lo mismo, porque nos volvimos bruscamente.

Una monísima niña, como de siete años, de preciosos rizos de oro y ojos azules, nos miraba sonriente desde lo alto de su rosada camisita de noche.

—Papaíta Jaime, no puedo dormir; tengo frío...

Y mi primo, apresuradamente y con infinita ternura, la cogió en brazos y la envolvió en el abrigo que había dejado en una silla, y púsose a mecerla sin hacerme caso.

Entre dos besos se durmió la niña, y en la preciosa miniatura de su rostro quedó grabada esa especial sonrisa de los niños dormidos, que, por su dulzura, a ningún otro gesto se parece. ¿A qué o a quién sonríen?

Mi primo se volvió hacia mí, diciéndome en voz baja:

—Verdad es que no te he contado nada de esto. Esta niña es huérfana como consecuencia de un crimen, del cual fui inmediato causante. Su madre, una pobre cupletera de última categoría, agotados todos sus recursos, vino a pedirme dinero para desempeñar sus trajes de baile y poder mantener a su hija. Se trataba de una cantidad insignificante para mí; pero como ella me manifestó que en caso de negativa estaba decidida a quitarse de en medio, sin creer en semejante cosa, consideré una imposición lo que me manifestaba, y me negué a socorrerla.

Aquella noche, de madrugada, sentí que me despertaba bruscamente en mi lecho, y me fué imposible conciliar el sueño. Por la mañana acudí a entregar la cantidad pedida, y me encontré con que la desdichada se había envenenado la noche antes.

Recogí a la niña, que no tenía padre, y desde entonces cambió mi vida. El espíritu de su pobre madre viene muy a menudo, no sé de dónde, a visitar a su hijita y a darme las gracias, y el de la mía se asoma muy a menudo a los azules ojos de mi niña cuando, echándome los brazos al cuello, me dice entré besos y risas: «Papaíta Jaime, tú no tienes madre. Te pasa lo mismo que a mí. ¡Te quiero mucho!»

No supe qué decirle, y, para disimular mi impresión, me acerqué al balcón abierto. El esplendor de la noche argentaba la estancia con vagas claridades de ensueño. Una estrella fugaz rasgó con una rúbrica de luz el negror del infinito.

Aprovechando que mi primo acostaba a la niña, me fui a la calle. Desde aquella noche, no tengo por tan loco a mi primo, y a veces hasta pienso que lo entiendo. El se sonríe cuando se lo digo, y responde:

«Ya te dije siempre que más vale estar loco que mal acompañado».

Fernando de ORMAZA

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.
Librería, Caballero de Gracia, 28.

Últimas novedades:

Gómez Carrillo: EL EVANGELIO DEL AMOR (novela), 5 pesetas.
Guido da Verona: MIMI BLUETTE, FLOR DE MI JARDÍN (novela), 5 ptas.
Oteyza: ABD-EL-KRIM Y LOS PRISIONEROS (relatos de un sensacional reportaje periodístico), 4 pesetas.
Machado: MUSEO, APOLLO (verso).—Vol. II de sus obras completas, 4 ptas.

Libros recientes de gran éxito:

El Caballero Audaz: EL POZO DE LAS PASIONES (novela), 5 pesetas.
San Germán Ocaña: LA RUTA DE LOS CAUTIVOS (novela), 4 pesetas.
Carrère: LA MALA PASIÓN (novela), 4 pesetas.
Doctor Juarros: LA CIUDAD DE LOS OJOS BELLOS. TETUAN (crónicas), 5 pesetas.

Pedidos directamente a «MUNDO LATINO»
Apartado 502

“Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

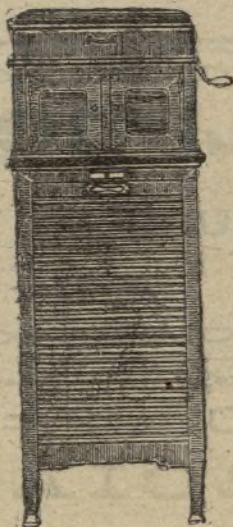
ODEON

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros.

Ventas a plazos con precios de contado.

Envíos a provincias Aparatos con bocina o sin ella.



Pida usted catálogo y condiciones a ODEÓN - Preciados, 1 - MADRID

Pedid Coñac Lion d'or

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

AGUAS DEL INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20. — MADRID



Medias y calcetines de todas clases a precios reducidos. LA ESTRELLA, Hortaleza, 82 (esquina a Augusto Figueroa).

Esta casa está preparando pieles confeccionadas para la próxima temporada de invierno.

LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACIFICO, 12
TELEFONO M 17-85

ESMALTE ORO “EL SOL”

para dorar cuadros, espejos y retablos. La Casa más surtida en colores FLORENTINO PEREZ (S. en O.) Sucesores de Díaz Herrera HORTALEZA, 17

CARLOS COPPEL



Rozado Rival.



FÁBRICA DE RELOJES
Fuencarral, 27 ~ Madrid.
Certificado de garantía con cada reloj. *Catálogos gratis. Remesas a provincias.*

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



PHILIPS

FILAMENTO METÁLICO



STRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLEXIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA (EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS), COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTIGUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

DOBLE DURACIÓN

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal de venta en todas partes

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO
MADRID: San Agustín, 2. BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

CORONA

La máquina de escribir perfecta



Se dobla como — un libro —

Sólo cuesta 500 pesetas

Fabricada por Corona Typewriter C.^a Groton
GASTONORGE C. A. — Sevilla, 16. — MADRID

Manuel López

FABRICANTE DE MUEBLES
Serrano, 17 Ayala, 60

ALFON O FOTOGRAFO
TOLEDO 63. MADRID.
FUENCARRAL 6. MADRID.

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL
CALLE DE ALCALÁ ESQUINA A BARQUILLO
 Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones